



Capítulo 210 - Contratación de nuevos empleados

"Lo siento, no lo sabemos", dijo Iridia mientras se acomodaba, aún atada, pero adoptando una postura más formal. "Me gustaría mucho ayudar a la señorita Viviane, pero nuestra información es limitada. No sabemos más que eso". Su voz sonaba sincera, pero se palpaba una tensión en el ambiente.

Zex, por su parte, miró a Iridia con los ojos muy abiertos, sorprendido por la actitud de su amiga. Ella... ¿está traicionando a Su Santidad?, pensó, intentando descifrar lo que estaba sucediendo.

Vergil, observándolos a ambos, se encogió de hombros con desdén. "¿Así que sigues una creencia ciegamente, sin cuestionar nada de tus superiores? Valiente." Hizo una pausa, mirando fijamente a Zex. "O muy, muy estúpido." Esta vez, su tono era serio, sin ironía.



—Deja de insultarnos —replicó Zex, bajando la cabeza con visible amargura—. No has vivido nuestras vidas para cuestionar nuestras decisiones.

Vergil sonrió con suficiencia, pero no fue un gesto amable. Era una sonrisa impregnada de frialdad. «Por eso morirás rápido», declaró, como si simplemente afirmara una verdad obvia. «Pero, por suerte para ti, el estúpido de tu Papa te envió a mí en lugar de a otro».

Los ojos de Zex e Iridia se abrieron de par en par mientras Vergil continuaba, con la mirada brillando con una luz roja amenazante. «Si Zafiro estuviera conmigo, el Vaticano probablemente estaría lidiando con meteoritos cayendo del cielo otra vez».



Ambos contuvieron la respiración. Era imposible no recordar el incidente de hacía un año: el meteorito que devastó parte del Vaticano seguía siendo un recuerdo vívido y aterrador.

"No podemos hacer nada. Nos envían. Solo seguimos órdenes", respondió Zex con un ideal que sonaba hueco y desesperado.

Vergil ladeó la cabeza, mirándola como si examinara un objeto roto. "¿Tan poco vale tu vida?"

Zex no respondió, pero fue Iridia quien habló, nerviosa. "No sabes por lo que hemos pasado", dijo, apretando los dientes.

Vergil sonrió de lado, pero esta vez había algo más oscuro en sus ojos. Chasqueó los dedos. «Morgana».

Morgana, que hasta entonces parecía desinteresada, levantó la vista y comenzó a hablar con una voz tan fría como el aire de la habitación: «Iridia Colonna, 25 años, nacida en Italia. Criada en una familia con fuertes vínculos con el Vaticano, fue abandonada a los siete años. Vivió seis años mendigando en las calles antes de ser acogida por el Orfanato de Almas Caritativas. Posteriormente, el padre Angelo d'Ascaron la reclutó para ser entrenada como asesina al servicio del Vaticano».

"¿C-cómo lo sabes?", balbuceó Iridia, pero la interrumpieron antes de que pudiera terminar.

—Zex Della Rovere —continuó Morgana sin pausa, con la mirada fija en Zex—, descendiente directo del Papa Julio II, asesinado por Zafiro Agares allá por el siglo XVI. Tienes 28 años, creciste en una de las zonas más pobres del Vaticano y también fuiste acogido por el mismo orfanato. Más tarde, te





reclutó el mismo Padre Angelo... quien, por cierto, fue linchado por sus seguidores tras abusar de una niña de cinco años.

Zex se quedó paralizado, las palabras quedaron suspendidas en el aire como plomo.

Morgana ladeó la cabeza levemente, sin rastro de sarcasmo ni compasión. "Lo que me hace preguntarme: ¿ustedes dos también fueron abusadas por él?"

El silencio que siguió fue sofocante. Iridia bajó la cabeza, mordiéndose el labio mientras temblaba. Zex apretó los puños, mirando al suelo con los ojos llenos de vergüenza y rabia.

—Así que eso es todo —dijo Vergil, rompiendo el silencio. Su voz era más suave, pero aún impregnada de una autoridad firme. Caminó hacia las dos mujeres; su presencia era abrumadora—. Han vivido el infierno, se dejaron moldear por él... y aun así siguen pensando que la única salida es seguir ciegamente a los mismos monstruos que lo crearon todo.



—No lo entiendes —respondió Zex finalmente, con voz temblorosa pero llena de determinación—. No tenemos elección. Nunca la tuvimos.

Vergil se detuvo frente a ella, inclinándose ligeramente para mirarla a los ojos. «Siempre hay una opción. Simplemente nunca tuviste el valor de afrontarla». Se apartó, girando su nueva espada con naturalidad. «Pero créeme, puedo darte ese valor... o forzarte a hacerlo por las malas». Su sonrisa era la de un demonio.

Vergil ladeó la cabeza, con una sonrisa maliciosa dibujando en sus labios mientras observaba a las dos mujeres atadas. "¿Qué tal si trabajan para mí?", preguntó, con la voz cargada de sarcasmo y desafío.



Zex e Iridia intercambiaron miradas vacilantes, como si intentaran descifrar si estaba bromeando o hablando en serio.

—¿Estás sugiriendo... traición? —preguntó Iridia con voz temblorosa, aunque un destello de duda brilló en sus ojos.

Vergil soltó una breve carcajada sin humor. "¿Traición? Digamos que... un ascenso." Empezó a pasearse por la habitación con pasos lentos y pausados, con su nueva espada reluciendo en sus manos. "Verás, te han utilizado. Te han manipulado por una organización a la que no le importas. Te enviaron a una muerte segura, y ahora estás aquí. Atrapado. Débil. Inútil."

—¡Oye! ¡No soy una inútil! —protestó Zex, intentando levantarse, pero las cuerdas la sujetaron firmemente.

"No digas eso como si fuera algo de lo que enorgullecerse", replicó Vergil, riendo levemente. "Lo que te ofrezco es simple: una oportunidad de liberarte. Trabaja para mí. Sé útil. A cambio, te daré el poder de decidir tu propio destino".



"¿Crees que somos tontos?", replicó Zex, entrecerrando los ojos. "¿Por qué íbamos a creerte?"

Vergil dejó de caminar, su expresión se tornó seria, casi sombría. «Porque no soy como ellos. No necesito manipular ni engañar. Te digo exactamente lo que quiero y lo que espero. Y, si lo prefieres, puedo terminar esto ahora mismo». Levantó su espada, cuya hoja brillaba con una intensa mezcla de energía demoníaca y divina. «La decisión es tuya».

La habitación quedó en silencio, tensa y pesada.



"¿Y bien?", insistió Vergil, arqueando una ceja. "¿Quieren morir como herramientas desechables... o vivir como algo más?"

Iridia bajó la cabeza, mordiéndose el labio, mientras Zex parecía estar luchando con su propia mente. Tras unos instantes, Iridia levantó la vista y murmuró vacilante: «Si trabajamos para ti... ¿qué esperas exactamente de nosotros?».

Vergil sonrió peligrosamente, con sus ojos carmesí brillando. «Simple: lealtad. Obediencia. Y sobre todo, no seas molesto». Señaló sus ataduras con la punta de su espada.

—Me niego —declaró Zex sin dudar, con tono firme, aunque su mirada delataba una mezcla de duda y terquedad.

Vergil arqueó una ceja, pero antes de que pudiera responder, Iridia dejó escapar un profundo suspiro a su lado. "¿En qué consistirían exactamente nuestros trabajos?", preguntó con la voz teñida de curiosidad y un ligero tono de resignación.



La sonrisa de Vergil se ensanchó, como si acabara de oír exactamente lo que quería. "¿Eh? Fácil. Necesito criadas." Hizo girar su espada en el aire con un floreo antes de clavarla en el suelo junto a él. "Podrías trabajar junto a Viviane." Habló con naturalidad, pero su mirada penetrante captó el repentino interés en el rostro de Iridia.

—¿Con... con la Dama del Lago? —balbuceó Iridia, intentando ocultar su fascinación.

Te entiendo, pensó Vergil con una sonrisa.